el tiempo. ¿Cómo serán las generaciones futuras? Pensad en la distancia de las hipótesis de Souvestre á las de Bellamy. Nada sabemos, ni lo sabremos nunca. Y nuestro desconocimiento es guerra al futuro. ¿Cómo han sido las generaciones que nos precedieron? Creemos saberlo y también lo ignoramos, porque nuestras historias son falsas, y nuestros datos incompletos, y nuestro punto de vista erróneo, y así estamos en lucha con lo que fué. No conocemos sino lo de ahora y aquí, y aun eso falsamente, porque cada hombre es un misterio, y cada pensamiento un arcano, y cada corazón un enigma, y cada acción humana un problema.

He mirado á la niña, que seguía agitando alternativamente las cañas del *diávolo*, y ella me ha mirado también sonriente. También creíamos conocernos. Hablamos el mismo lenguaje, vivimos sobre el mismo grano de arena; pero nos separa el sexo y la edad. Me ha parecido entonces ver trocarse su cara en esfinge, y sin querer he fruncido el ceño. Ella ha debido asustarse de la transformación de mi rostro; se ha pintado el estupor en el suyo y ha sofocado un grito. No; no nos conocemos tampoco. ¡Qué nos hemos de conocer!

***

Camináis errantes en las tinieblas, divorciados de todo lo vivo, ajenos á las palpitaciones de los corazones que os rodean, extraños al ritmo de la Naturaleza que vibra y al hervor de las ideas que cambian. Sois monjes sepultados en la Tebaida universal. Juzgáis ser conocidos y conocer, vivir acompañados sobre el planeta, y estáis solos en él: más solos que la molécula de cuarzo en la cumbre, que la gota que se desprende de la roca asomada al

abismo y que cae silenciosa para perderse para siempre en el seno de las tinieblas.

Pasados los lustros, cuando nuestros cabellos blanqueen, y nuestras pupilas se enturbien, y nuestro pulso tiemble, y nuestras plantas temblorosas vacilen, si hemos conseguido el amargo triunfo de sobrevivir á los que por afecto ó contingencia á nosotros fueron unidos, buscaremos sus amarillentos retratos, palparemos sus rostros sin relieve y les cubriremos de besos y lágrimas. Pero luego, mirando fijamente sus semblantes inmóviles, sentiremos la opresión del misterio. ¿Fueron tales como nosotros les juzgamos? Ellos mismos, ¿acertaron á penetrar en el secreto de nuestras entrañas? ¿No hubo entre nosotros pesares y melancolías nacidos de ese desconocimiento que tarde ya para el arrepentimiento y el noble interés, bien quisiéramos enmendar?

En ellos y en nosotros hubo tal vez un príncipe, dispuesto á derrochar dignamente el tesoro de su escarcela. Pero estábamos destinados á vagar solos por los espacios como el aerolito. Eramos almas solitarias, y así nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, pasaron como sombras, sin que unos y otros, á pesar de nuestro cariño entrañable, pudiéramos ¡ay! conocernos jamás.

XLV

Cuando se nos hacía insoportable la permanencia en plena calle, azotada por el viento y la nieve, encharcada de barro y obstruída por una veintena de coches de alquiler, cuatro hombres sacaron el cadáver. Nos descubrimos, y un aire sutil rodeó

nuestras sienes, produciéndonos, por un fenómeno celular no bien explicado, la sensación del contacto con un aro de fuego. Resbaló la caja sobre el tablero. Corrimos al carruaje, y una vez dentro, nos apresuramos á subir los cristales, que se cubrieron inmediatamente de enormes copos, derretidos al punto en gruesos lagrimones.

Mi compañero me ofreció un cigarro gigantesco y prensado, y frotándose las manos, dió un resoplido tembloroso, tras cuyo movimiento instintivo, dijo con acento de bienestar:

—Esto ya es otra cosa, ¡diantre!

Y luego, después de una pausa y cambiando de tono murmuró:

—¡Pobre amigo!

Yo bajé la cabeza y nada dije. El convoy poníase en marcha con sordo tableteo; la nieve caía sobre el cristal más fuerte que nunca, y allá lejos, delante de nosotros, se veía, á través de una miriada de copos blancos, caminar á los percherones de la funeraria moviendo los penachos, como para espantar una nube de mariposas.

—Amigo mío—siguió mi interlocutor, aspirando con delicia el aroma de su veguero—, esto de acompañar entierros es un compromiso. Y es cosa de todos los días. Muere demasiada gente conocida. ¿No le parece á usted?

¿Qué me había de parecer? Mi compañero se convenció de que yo no estaba de vena y se arrellanó en su rincón, tarareando muy bajito no sé qué tontería: creo que era el *morrongo*.

*
* *

Limpié con el pañuelo el vaho formado sobre el cristal de la ventanilla y comencé á mirar á los

transeuntes. Era indudable que no todos tenían idéntica sensibilidad para el frío. Pasaban unos arrebujados en sus capas con paso velocísimo; su marcha semejaba una huída. Otros, en cambio, cruzaban distraídos en la contemplación del meteoro, de los árboles que mostraban un nítido festón en sus ramajes secos; del cielo grisáceo, como si no les impresionara el contacto de la atmósfera helada. En una bocacalle departían á cuerpo y sonrientes un soldado y una niñera. Los copos resbalaban por sus mejillas y se agolpaban sobre sus hombros, sin que á ellos se les importara el hecho un ardite. Era el diálogo de Coppée. En cambio, dos pasos más allá, una infeliz castañera aparecía cobijada en su tenderete, adelantando las manos ateridas hacia el fuego, como un vencido las presenta á su vencedor para que se las ate. Acaso no es otro el origen de ese cruzamiento de manos que acompaña á la oración y la súplica, esas dos formas perdurables del miedo.

Tras los cristales de los balcones se dibujaban confusamente las siluetas de gentes que se acercaban á ellos para ver desfilar el convoy. Inmediatamente se retiraban; seguramente irían junto al fuego, á comentar unos la pobreza del ataúd, otros la cifra de mortalidad, y algunos el arrojo de los palafreneros, que con sus medias estiradas y sus casacas exageradamente abiertas, arrostraban el rigor, la nieve y el frío, ufanos bajo sus tricornios de arcabucero y sus bastones de chambelán.

Caminamos después largo trecho por entre filas de árboles desmedrados y caserones medio ruinosos. Bajamos una pendiente bordeada de enormes barrancos; cruzamos un puente, y por fin, una campana lúgubre nos sacó de nuestra meditación.

—Hemos llegado—me dijo mi estoico acompa-

fiante—. Ahí están los que han cometido la majadería de morirse.

Sentí una sacudida, y luego un indefinible malestar. Allí descansaban los míos.

***

Cuando volví al carruaje, el frío traspasaba mis huesos y mis dientes castañeteaban. Sin embargo, por mi frente corría el sudor.

Mi compañero estaba reclinado en el fondo del armatoste. No se había movido de allí. Me miró atentamente, y luego me dijo:

—Es usted muy impresionable. Hace usted mal.

Comenzó á silbar no sé qué canción. Entonces fué cuando no pude contenerme.

—Usted no tendrá en ese cercado ningún muerto querido.

—Sí señor—contestó en seguida—. Tengo á mi madre.

—Tenía allí á su madre, y le negaba su piadosa visita! ¡Estaba allí, debajo de la nieve, la mujer que le tuvo en su seno, y cantaba!

Comprendió mi estupor y me mostró una cicatriz que tenía en la sien.

—¿Ve usted esta señal?—me dijo—. Es la huella de un proyectil que me incrusté en el cráneo el mismo día en que murió *mi vieja*. Pero luego, salvado por azar, reflexioné que debía vivir y olvidar, y dejar de evocar el pasado y mostrarme alegre. ¿Sabe usté por qué? Pues, por...

El coche se detuvo ante una hermosa finca. Era el domicilio de mi acompañante. Tres hermosos niños acercaban su rubia cabeza á los cristales de un mirador, y al ver á su padre palmoteaban de júbilo.

Alzó la mano hacia el mirador el desconocido y terminó la frase truncada:

—Pues... ¡por esos!

Había dejado de nevar.

XLVI

Que sí, que no y como ustedes quieran

Salgo de casa y veo gente que se agrupa y discute. Un loco ha dado de puñaladas á una mujer.

—¡Qué iniquidad!—exclamo—. Ese hombre es un gran criminal.

—O un gran desdichado—me interrumpe un obrero.

—Es posible que tenga usted razón—le contesto.

—¿Qué ha de tener?—salta un nuevo interlocutor—. Para matar, jamás hay motivo.

—Exactísimo—replico apresuradamente—. Estos crímenes claman por un definitivo escarmiento.

—¡Vaya una necedad!—me increpa un hombre serio y de faz cetrina—. ¿No se ha escarmentado á sí mismo el culpable? La doctrina del escarmiento no sirve para nada: lo demuestra la experiencia de siglos. Lo que procede es educar.

—Eso es; educar—contesto yo, por decir algo.

—¡Claro!—grita indignado alguien que nos escucha—. ¡Y entretanto que mueran las mujeres á centenares!

—Que mueran—respondo yo aturdido—. Es decir, ¡que no mueran!...

—No dice usted más que tonterías—oigo á no sé quién.

—¡Es verdad, tonterías!...

Y me alejo de allí como sociólogo que lleva el diablo.

A los pocos pasos doy con un grupo de conocidos.

—Hola, amigos míos: ¿han visto ustedes qué hermoso tiempo?

—¿Hermoso?—gime el más anciano—; ¡cómo se conoce que usted no lleva mi pierna á rastras!

—No señor; ¡qué la he de llevar!

—Va á llover antes de dos días.

—Me parece que tiene usted razón.

—Pues está usted equivocado—me dice otro amigo—; se conoce que no se ha tomado usted la molestia de mirar el barómetro: hace un tiempo admirable.

—Gracias, amigo mío; consultaré el barómetro,

—¡Sandez como ella!—me dice el viejo—. ¿También usted supone que el barómetro anuncia buen tiempo?

—¡Yo no supongo nada!

Mis colegas sonríen, y yo me despido de ellos colorado como un tomate.

Compro en un kiosco dos diarios. «Lo que procede es la obstrucción—dice uno de ellos—; lo demás es un delito de lesa patria.» «La obstrucción —leo en el otro, también liberal—es un atentado al derecho parlamentario.» Rompo uno de los dos papeles y sigo leyendo. «La literatura no tiene más fin que la belleza», dice en primera plana. «El fin del arte es educador», escribe otro redactor en la segunda. En la cuarta leo: «Para la anemia, es seguro y eficaz el bálsamo infalible.» Y más adelante: «¡Ojo, lectores! No os fiéis de específicos.»

Se oye la música de un regimiento. Llegan los soldados marciales, erguidos, deslumbrantes de gallardía y de juventud.

—¡No hay nada en el mundo como el ejército! —oigo murmurar á mi izquierda.

—¡Lástima de dinero!—escucho á mi derecha.

—¡La fuerza lo es todo!—sigue uno.

—¡Así nos luce el pelo!—dicen detrás de mí.

—¿Va usted á tocar la *Marcha de Cádiz?*—pregunta indignado el que está detrás al que está á mi lado.

—¡Voy á tocar—contesta—lo que me da la gana y hasta la triple llave!

—¡Señores, calma!—me apresuro á decir.

—¡Vaya usted á paseo!—me chilla el que se muestra más iracundo.

—La calma es buena para los mansos.

—Oiga usted, señor mío...

—Ruego á usted que se se vaya á paseo.

Y efectivamente, me marcho á paseo.

Está lleno de mujeres hermosas, y para contemplarlas á mi sabor me siento junto á unos compañeros de círculo.

—¿Han visto ustedes—les pregunto—qué mujeres?

—¡Hombre!—me dice don Teodoro—, precisamente esta tarde no se ven más que feas.

—Pues aquella del levitón á rayas—me atrevo á insinuar—me parece que no es grano de mijo.

—Entonces—sigue enfadado el pesimista—es que tiene usted los ojos á componer. Lo que tiene es que va bien vestida; pero ¿sabe usted lo que dijo el griego?

—¿El griego?—pregunto consternado.

—Sí, hombre; el griego, ¡el griego!—ruge don Teodoro echando centellas.

—Perdón, no lo sé.

—Que era gran torpeza acoger á ruin huésped en buena posada.

—¿Y el vestido de esa señora, es una posada?

—Es—grita don Teodoro, perdiendo ya estribos y arzón—¡es la cabeza de Holofernes!

—Don Teodoro—interrumpe un joven con voz meliflua—tiene la obsesión de las citas. Por lo demás, es un buen señor.

—¿Qué quiere usted decirme con eso?—le pregunta al instante el aludido.

—Que es usted un buen señor; que conoce sus clásicos—responde irónicamente el mancebo.

—¡Y usted—masculla el viejo—es un mal señor, que ha perdido, como dice Luis Vives, la vergüenza de hacer el mal!

Coro de carcajadas en honor de Luis Vives.

—Llaneza, don Teodoro, que toda afectación es mala.

—Será mejor la prosa pedestre de los majaderos.

—Eso de majadero...

—¡Paz, señores, paz! Miren ustedes aquella jamona.

—¿Otra vez? ¡Váyase usted con sus esperpentos!

Nos iremos con los esperpentos. Pero, Señor, ¿no habrá en el mundo algo en que todos estemos conformes? ¿Hemos de disputar eternamente y á cada paso? Por allí viene otra mujer que me agrada. ¿Será fea ó bonita, dioses Penates? Parece que el sol se ha nublado, ¿qué será esto, buen tiempo, fijo ó variable con gotas? Se me abre la boca: ¿qué indicará este síntoma, hambre, sueño, fastidio, ruindad del dueño ó amor nuevo?

Esta época es, sin duda, de inmensa elaboración... Sí, eso es: de inmensa elaboración mecánica. En fuerza de buscar la verdad, ya nadie sabe

dónde la tiene, y como hay que pasar el rato, nos metemos los unos con los otros. Vámonos á casita por esta calle, que no sé si se llama del Sordo, ó de los Madrazos, á la plaza que fué de la Merced, y ahora se llama del Progreso, y después se titulará de Loyola ó de San Epifanio, virgen y mártir.

Y el caso es que tengo que escribir una crónica. La tarea es dificililla: no se escribe para un envidioso imbécil ni tampoco para la Sorbona; se ha de hacer para todo el mundo... ¡Medrados estamos! En fin, allá va, y que la humanidad nos perdone.

¡Ajajá! Ya está. No sé lo que he dicho; pero es lo mismo. A la postre, nadie ha de estar conforme... Aquí está la crónica. Que la compongan en tipo del nueve, ó del cinco, ó del dos y medio... ¡Ah! Y que vaya con este título: «Que sí, que no y como ustedes quieran.»

XLVII

Una reina gentil, grácil, adorable, ha pasado; ante su majestad efímera se han postrado dos pueblos; pero su reinado ha sido tan breve, que la sien no se ha acostumbrado al peso de la diadema fulgurante, ni las manos al manejo del cetro de nácar. Unas cuantas horas han separado el olvido de la apoteosis, como separa la pompa de la lástima vana, en el soneto clásico de las cosas, el término fatal de un solo día, en que todo se aprende.

¿Y qué?—diréis—. La fugacidad de los bienes terrenos fué ya descontada por todos los místicos y todos los poetas. Por melancólico que haya sido

el destino de Fernanda Morin, no lo es más que el de no pocas reinas ungidas por la Iglesia, nacidas en el fausto y en la nobleza de una invicta progenie. La caducidad del poder va aneja á toda soberanía, y aun no pocas veces la sigue de cerca el cadalso. Aun no ha sido Fernanda tan infortunada como Cleopatra, María Tudor, Ana Bolena y Antonieta de Austria, puesto que dejó de reinar y aun vive.

Es verdad. Pero hay algo más triste, para quien ha reinado sobre las multitudes, que el destronamiento y la muerte: el olvido. Cuando Antonieta, en la Convención, apelaba á todas las madres de Francia, sabía que su nombre, su hermosura y su dignidad perdurarían á través de los siglos. Sonriente ante la sanguinaria Isabel, la Estuardo presentía que sería glorificada por el genio. Dos mil años después de anegarse una femenina realeza en Accio, sobreviven en el recuerdo de la humanidad las maravillosas líneas de un rostro, que, á ser menos armónicas, hubieran cambiado los destinos del mundo. Vencidas por la fatalidad, las heroínas de los grandes fracasos dejaron de ser reinas, pero no dejaron de ser inmortales.

Nuestras costumbres son harto más crueles; buscan á una mujer humilde, deslizan á su oído las palabras de las brujas shakesperianas, las cubren de bordados y joyas, y gritan después: «¡Eres reina!» Bien comprende la infeliz que todo es simulado y que ha recibido la magnificencia en precario. Pero las aclamaciones, los vítores, los aplausos, las apoteosis, se encargan de desvanecer esta idea. No es suya la grandeza, pero la grandeza es aquello; no es suyo el poder, pero el poder y la dominación son así; no son suyas la majestad y la gloria, pero son la gloria y la majestad tales como ellas las saborea y como su vanidad las presume. No es un vano prestigio; es la realeza misma la que le ha envuelto y embriagado durante unas cuantas etapas de vanagloria, arrullándola con sus halagos y desvaneciéndola con sus perfumes.

Esas fiestas, esas farsas, son una crueldad. Vuelta á la obscuridad, y aun á la miseria, la majestad caída siempre se rebela contra el Destino. «¡Soñemos, alma!», dice Segismundo vuelto á la esclavitud agreste; pero luego se rebela contra su padre y le arranca el poder. Gran temeridad es hacer gustar el fruto á quien no ha de morderlo. Lo menos que puede ocurrir es que el descontento se convierta en airada y muda protesta.

La reina volverá á su mercado. ¡Qué repulsivo, qué sucio, qué odioso y abominable le parecerá cuanto la rodea! El lugar hediondo descrito por Zola rememorará las muelles alfombras, los salones magníficos, las porcelanas y los bronces, los limpios y tersos espejos en que se miró toda entera, espléndida de juventud y de gracia. Las palabras soeces de los cargadores contrastarán en su sensorio con aquellas otras, tiernas, arrobadoras, susurrantes, que deslizaron en sus oídos los hombres más cultos, que acertaron á pulir el concepto y cincelar el dulcísimo halago; las modestas ropas que la cubren le producirán el espasmo del roce acariciador de las sedas y blondas. Fuiste reina, eres sierva; fuiste deslumbradora, eres repulsiva; gozaste de la popularidad, y hoy estás condenada á irremesible y perpetuo olvido. Es este demasiado contraste, sobrado infortunio para el corazón de una mujer.

La saturnal evocó el comicio. No se puede disfrazar de señor al esclavo sin prestarle el ansia de emancipación. La resignación siempre ignora.

El día en que el ojo de Galileo pudo explorar el espacio infinito á través de su anteojo, los dioses de la *Ilíada* temblaron más allá de la última nebulosa.

Y de esto padecemos, y este es el mal del siglo, y este es el temblor que agita al planeta. Hacemos demasiadas coronas, que deshojamos, airados, después. Ponemos ante los ojos de los humildes demasiadas magnificencias. Nos complacemos, como la vetusta Castilla, en hacer hombres y gastarlos, en encumbrar ídolos para reducirlos á polvo, en hacer soñar con magnificencias y glorias á una juventud generosa, á la cual cerramos después todos los caminos; en mostrar á los que trabajan y sufren que hay placeres y alegrías y goces que hemos acaparado sin justa razón.

Y hasta el pensamiento padece esa mortal y doliente angustia. Se le ha hecho indagar principios de justicia y verdad, ideales de virtud y de poesía. Y ahora se le quiere volver al egoísmo, á la prosa y á la pequeñez. Pero aquí nuestro empeño es vano, porque el pensamiento jamás abdica.

XLVIII

Un sociólogo penalista, Angiolini, asegura que, así como cada estación del año da sus frutos, cada civilización tiene sus delitos. El fruto no es sino la semilla que evoluciona, y cada época, lo que siembra recoge. Cuando el resorte de la sociedad fué la violencia, sus delitos fueron de violencia;

cuando es la riqueza su fundamento, la transgresión se denomina fraude.

Son épocas éstas fraudulentas. No hay que pensar en Humbert, Daurignac, Zavala y Terriza para sentir en dondequiera la pulsación de la codicia astuta. Por el dinero vivimos, nos movemos y somos, y apenas si hay acción humana que no esté maculada por el villano y mezquino interés. Encontramos el fraude en los alimentos y en las cosas que atañen al espíritu, en la organización del Estado y en los vínculos de familia; si hubiéramos de indagar el por qué de las acciones humanas, acabaríamos por desfallecer, aniquilados por un escepticismo definitivo y mortal. De tanto pensar en el oro, el mundo entero amarillea.

Se dice que el remedio está en la Moral. La ficción ética viene á ser tan antigua como el hombre. Luego que el primer aventurero se enriqueció, no sabiendo qué hacer, escribió una máxima. Fué preciso que Moisés llegara á ser dueño y señor del pueblo hebreo y árbitro de sus bienes, para que le dijera, en nombre del Señor: «No hurtarás.» Desde que hubo ricos y menesterosos, aquéllos predicaron el desinterés y éstos buscaron la manera de despojarles. Ni promesas de bienaventuranzas celestiales, ni amenazas de horribles tormentos de ultratumba, sirvieron para contenerles. Desde la ética de Manú á la del infortunado Guyau, todas han sido ineficaces; la persuasión ha sido para evitar el fraude tan útil como para abrir las famosas ostras del modismo.

Menos confiados los legisladores que los moralistas, acudieron á la represión y al castigo, siguiendo el ejemplo del Hacedor, quien seguro sin duda de que Adán y Eva cumplirían el mandamiento que les expulsaba del Paraíso, les envió un

ángel, con un chafarote de fuego, por si acaso. Se comenzó por exterminar á los ladrones y culpables de fraude; acudióse al tormento después; se les cortó, rajó, quemó y pulverizó nuevamente. Al cabo de los siglos, Lombroso salió con la poco agradable nueva de que el criminal nato es incorregible. El hecho es que, después de agotada la inventiva de los penalistas, se sigue robando más que nunca y engañando cada cual á quien puede, como si no se hubiera escrito Código alguno.

Ahora tornamos á la moral, y todo se vuelve invocar mandamientos, preceptos é imperativos categóricos. Ayer mismo compré chocolate de cinco reales, y antes de pagar, endilgué este bello discurso al tendero:

—Amigo mío: si usted abusa de mi confianza y me vende por chocolate otra substancia más ó menos nociva, habrá usted faltado á la ley moral, lo cual quiere decir en buen romance que arderá usted en los infiernos, y allí será el crujir de dientes. Si por acaso no es usted creyente, sufrirá la sanción de su delito en la propia conciencia, la cual, en sentir de Marco Aurelio, es juez y verdugo.

Esto dicho, fuí á casa tranquilo y analicé la mercancía. El chocolate no tenía cacao; era una mezcla infame de harina, cacahuet, sacarina y otras lindezas.

Indignado, he consultado á un jurisconsulto.

—Perderá usted el tiempo—me ha dicho—acudiendo á los tribunales. Es materialmente imposible vender por cinco reales chocolate puro, y la sofisticación se sobrentiende. A lo sumo, conseguirá usted que se imponga al defraudador una pequeña multa y crearse un temible enemigo. Mi consejo es que compre usted en lo sucesivo chocolate de

cuatro pesetas, y á ser posible, que disponga usted que se lo preparen en casa.

Lleno de angustia ante la idea de que el fraude pueda ser entre los hombres perpetuo, he expuesto mis dudas á un mi amigo, profesor eminente. Ved aquí sus palabras:

—Ayer por la tarde dejé olvidados sobre un banco de un apartado y solitario paseo unos apuntes de Algebra, mi portamonedas y unos modelos de cristalizaciones de *strass*. Acudí presuroso á buscarlos, y encontré en el sitio en que los había dejado los apuntes y los cristales; el portamonedas, que contonía dos billetes de cien pesetas, había desaparecido.

»Ello me pareció perfectamente explicable. El ratero desconocía las matemáticas, y los apuntes no tenían para él valor alguno; las cristalizaciones debieron parecerle insignificantes juguetes. En cambio, las doscientas pesetas le sugerirían desde luego cien cosas que podía procurarse á mi costa, ó alguna necesidad agobiadora que podría satisfacer. Cogió, pues, lo útil y dejó lo superfluo.

»Figúrese usted que yo hubiera sido un explorador y hubiera perdido los objetos en determinada costa del Africa. Es seguro que lo que se hubieran llevado los negros no hubieran sido los apuntes ni los billetes, cuyo valor sería para ellos desconocido. En cambio los pedazos de vidrio hubieran sido objeto de su codicia, excitada por los irisados destellos, propios para encantar su imaginación rudimentaria.

»Suponga usted ahora que hubiera perdido mi bagaje en la Academia de Ciencias de Berlín. Sus individuos son demasiado respetables para robar doscientas pesetas; su inteligencia es bastante clara para estimar en poco ni en mucho tres ó cuatro

vulgares modelos de prismas. Pero alguno hubiera estudiado las cuartillas. En ellas estaba la demostración de un teorema no demostrado, á saber: «La suma de los cuadrados de dos números puede ser igual al cuadrado de otro; pero la suma del cubo ó la potencia N de dos números es mayor ó menor que el cubo ó la potencia de otro.» ¿Cree usted que las cuartillas hubieran permanecido allí? No, amigo mio, no. Mis apuntes habrian desaparecido.»

—¿Y qué induce usted de todo ello?—he preguntado al profesor un tanto impaciente.

—Induzco—me ha contestado con gran aplomo—que mientras el dinero tenga en sí un gran valor, será codiciable, y que el problema está en conseguir que el capital individual nada absolutamente resuelva, y en cambio lo consiga todo el trabajo.

Y yo, recordando que esta afirmación es la de toda una nueva sociología económica, he pensado que acaso no le falta razón á mi amigo.

XLIX

¿Es verdad que un niño ha sido maltrecho á palos por un guarda? ¿Es cierto que un soldado ha sido castigado á montar una mula indómita y se ha roto el cráneo contra el empedrado de cuña? ¿Es exacto que la víctima de un naufragio ha sido encontrada con señales de bárbara violación y abierta la garganta con hoja cabritera? ¿Lo es que un fugitivo ha sido fusilado á sosquín? No; todo ello se ha desmentido; pero la mera posibilidad nos

aterra, como si no supiéramos que la crueldad se renueva y es perdurable, como todos los frutos malsanos, y que no es en las entrañas de nuestro planeta, sino en el corazón de los hombres, donde hemos de encontrar el abismo lleno de sombras, *lucis egenus Tartarus*, de Lucrecio.

Pero hay algo desconsolador y aflictivo en todo surgimiento de tiranos y martirizadores anónimos. Gustamos de creer que es la excepción el mal y que bajo todo disfraz tiene nombre. Se llama Nerón el ansia sanguinaria, la avaricia Sylock, la gula y la sensualidad brutal Heliogábalo. Así, con dos centenares de nombres, creemos haber catalogado la villana maldad, como Linneo la fauna y la flora terrestre. Lo que nos desconsuela es ver que en los vencidos, en los que debieran por su humildad de origen y de condición ser humanos, hierve también el instinto feroz y que no hay cien millones de déspotas porque no hay cien millones de cetros.

El guarda acusado de apalear la débil cabeza del niño, será pobre seguramente; tal vez tendrá hijos ó netezuelos, capaces de olvidar su miseria embelesándose ante los peces de un estanque, deslumbradores con sus rojas ó argentadas escamas. Un cabo irascible tal vez no conseguiría librar á su prole de las contingencias que lleva consigo la vida militar. El asesino y violador de la desdichada doncella no creerá, como el turco, escrita su suerte y su impunidad en una hoja de bronce; no sabe si un día arribará á una playa con el frío del mar y el del espanto en el corazón. Todos son pobres, desvalidos; y sin embargo, los hay crueles, como si para ellos reservara la grandeza el futuro y hubieran de conquistarlo todo con su indecoro y con su audacia: riqueza, autoridad y prestigio, *regem regumque Macedoniæ*.

Fríos y despectivos ante el ejecutor de la ley, sentimos todos la horrible repugnancia de Hugo hacia su miserable auxiliar. Nos espanta su bajeza moral y nos produce náuseas su insolencia proterva. Cabe que ciegue al poderoso la adulación, que le deslumbre la magnificencia, que le perturbe y le inquiete el recelo. La crueldad del pobre no tiene disculpa; es algo que va contra el instinto. El odio y el error, como el Chipre, pueden beberse en copas cinceladas; el bien y la verdad, como el agua, sólo pueden ser bien saboreados en escudillas de madera.

Es una experiencia cruel—¿hay alguna que no lo sea?—. Son las gentes de baja extracción las más propensas á abusar del poder y á deleitarse con el ajeno sufrimiento. Un mendigo á caballo no sólo le hará galopar hasta la muerte, como ha dicho el sagaz Schopenhauer, sino que le arrojará sobre los niños y los ancianos. ¡Oh, valentía de la bajeza impune! ¡Triste quien ha de depender de libertos! ¡Infeliz quien ha de suplicar á galoneados gañanes! ¿Dónde habrá ferocidad como la del asno rabioso? Pero nada subleva tanto los ánimos como el cruel despotismo de gañanía. El día en que el verdugo de la Convención azotó con su mano callosa la cabeza exangüe de Carlota Corday, un murmullo de reprobación asqueada se alzó en la muchedumbre. La Revolución estaba muerta.

El alma noble, exquisita, es siempre aristocrática; repugna la grosería y la violencia. Si toma la defensa de los oprimidos es porque las obras generosas, los nobles impulsos, fluyen de ella como el agua del manantial serrano, como los versos griegos de la cítara del ciego inmortal. Pero le es imposible garfear en el cieno. La tiranía del villano le parece más odiosa mil veces que la del magnate.

Siquiera el destral de Viriato era limpio; el puñal de sus asesinos estaba maculado con limo de ciénaga.

¿Habremos de renunciar por ello á toda obra de emancipación? Si son precisamente los esclavos los seres más propicios á la crueldad, ¿para qué bueno redimirlos? El mismo sentido de humanidad contesta: «Para que dejen de ser esclavos, para que se enaltezcan, para que cambien la bajeza en magnanimidad y la idolatría en sentimiento inefable.» Ninguna redención es posible sin quebrantar un ara, porque cuando el símbolo usurpa su sitio á la verdad, cuando no se siente lo que hay en el culto de elevado y de noble, cuando no palpita en nosotros el único misticismo sagrado, el del bien, tanto da sacrificar á Júpiter bueyes, como inmolar ratones á Hécate.

De ser ciertas las famosas denuncias, el niño golpeado iría á refugiarse al seno amoroso maternal. En medio de su fiebre se preguntaría en virtud de qué ley de razón corresponde una pena salvaje al delito infantil de arrojar á un estanque un hilo y un anzuelo. El soldado, casi moribundo, interrogaría á sus progenitores si una falta leve é inadvertida merece el martirio y la infamia. La familia del hombre fusilado por la espalda al huir dudaría si lo que se llama justicia es encono salvaje. Y todos dirían que el pobre es el verdadero enemigo del pobre; que basta armarle con un fusil, un sable, una vara ó un látigo, para que surja del siervo el tirano y del esclavo manso el déspota irascible. ¿No pensarían también que si el pueblo es rebaño de fieras, conviene acuciar al domador, y que si apenas se eleva un peldaño, el humilde se torna irritable y soberbio, lo más cuerdo es dejarle que yazga en su estúpido servilismo, para no engrosar la falange de los verdugos y los opresores?

¡Triste condición de la tiranía! Envilece á sus víctimas, y luego toma su vileza como pretexto de despotismo. Ciega las fuentes de la virtud y apela para justificar su desmán al ajeno vicio; da ejemplo de arbitrariedad y de desafuero y pone la arbitrariedad por testigo de que es imposible la emancipación. ¡Preciso es sentir una devoción muy sincera, un culto muy desapasionado á la verdad, para seguir desafiando la feroz iracundia de los menos, por disipar la brutal grosería de los más, sobre esta tierra dura, que esconde en fango sus palacras, bajo un cielo enigmático, que mira impasible el llanto de los niños y la desesperación de las madres!

L

Un hombre, un trabajador sin faena, tiene ocho hijos que se mueren de hambre. Arrebata de un puesto tres panes y los reparte, allí mismo, entre los ocho niños famélicos. La gente se indigna; ese hombre es un ladrón.

Al otro día vuelven los niños á pedir pan, y torna el obrero á coger de otro puesto una hogaza. Pero el dueño es el *Mataciviles;* saca una cuchilla y parte el corazón al obrero. El público aplaude; el matador ha defendido su derecho de propiedad.

Pero el derecho de propiedad—dice con notable clarividencia Julio Camba—es obra de los hombres; el derecho á la vida, no; ha nacido con el hombre mismo y está en su misma sangre, como lo están esos microorganismos que se defienden de la infección.

Hace ya algunos años, era yo casi un niño, cuando subí por primera vez á los estrados del más alto y más respetado tribunal. Con la emoción intensa del catecúmeno, con el temblor de quien desconfía de su competencia, pedí la casación de una triste sentencia que condenaba por robo de pan á varios hambrientos braceros de Jerez. Sostuve allí que el hambre en estos delitos era circunstancia eximente, fuerza irresistible, probada en la sentencia, y allí tuve el honor de pronunciar sin ser llamado al orden estas mismas palabras: «La sociedad en que roban pan los hambrientos para dar de comer á sus hijos, está incapacitada para juzgar; ella misma es culpable.»

Muchos años después, abandonada una profesión que sólo me daba dinero, colgada la toga en un arranque —absurdo si se quiere—de indignación romántica, he leído la hermosa sentencia del *buen juez,* del noble y glorioso presidente Magnaud. Y he vuelto á reverenciar esa toga, que ya no colgaré de mis hombros, pero que con un poco de digna humanidad puede ser siempre santificada.

Sí; la propiedad es una convención, como lo fué la esclavitud, como lo fué la servidumbre. Pero defender la existencia de los hijos, aplacar sus hambres de lobezno, borrar de sus ojos los círculos amoratados del sufrimiento y encender en sus hondas pupilas la llamarada del vivir, es deber sacrosanto. Si un día mis hijos desfallecen de hambre y miseria, si me miran con ojos hundidos y espantados y se agarran á mis ropas con crispaturas suplicantes, y con voz ronca y dolorida me piden pan, ¿quién es capaz de decir lo que haré?

Porque pudiera y debiera haber en la tierra pan para todos, si no se la hubieran apropiado los fuertes, si no la condenaran los ociosos á la esterilidad y el punible abandono, si el egoísmo no cegara las

fuentes de producción y riqueza, si el impuesto no pesara con toda su plomiza gravedad sobre el pobre, si una infausta doctrina de caridad no proscribiera la justicia como cosa imposible y que no es de este mundo.

Mataciviles ha defendido su propiedad. Pero ¿qué propiedad puede haber respetable donde las mujeres se desploman inertes en los caminos, y los niños no tienen pan que llevar á la boca, y los enfermos se quedan sin socorro, y los viejos extienden su mano descarnada para maldecir á las generaciones que llegan? No se quiere privar de sus goces á los poderosos, no se pretende un inicuo despojo; pero se aspira á que la tierra produzca y que sus frutos íntegros sean para aquel que ha sabido arrancarlos de sus palpitantes entrañas.

Cuando en la fábula vieja hebraica los corderos de Abel pastaban suscitando la contienda primera entre el cultivo y el pastoreo, era su propiedad lo que creía defender el infame Caín, como luego Ramón Berenguer al hundir el cuchillo en la nuca desnuda de su hermano. Pero sólo hay una propiedad que puede ser consagrada en las aras de los pueblos libres: la de los frutos del trabajo, la que no esclaviza, la que no atormenta, la que no mata, ni con el hueso contundente y asnal de Caín ni con la faca de *Mataciviles*.

Cuando esos niños desamparados lleguen á pensar por su cuenta y sepan que su padre murió por arrebatar un pan de manos ajenas á fin de salvarles de la más penosa y terrible de las agonías, ¿cómo podrán afirmar que fué un criminal, un enemigo de la verdad y de la justicia? Más fuerte que Ugolino, dió su carne á su prole. Sobre el limo que le recubre, bien podrá escribirse el siguiente epitafio: «*Sta viator; dignum calcas progenitorem.*»

Un tiempo vendrá, tal vez no tan remoto como suponen las almas trémulas, en que en todos los predios habrá frutos, y en todas las infantiles mejillas rosas. Y entonces se preguntarán con asombro los sociólogos y los jurisconsultos cómo fué posible algún día ir á buscar la delincuencia entre los dientes menudos de unos niños escuálidos y colocarse sobre el filo de una cuchilla el sagrado derecho de propiedad.

LI

«Se nos ha dicho—me escribe un liberal, conturbado—que hay que dar á la reacción, en el hogar, la batalla más grande y decisiva. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Hemos de imponer á nuestras mujeres opiniones, juicios y creencias? ¿Hemos de acudir á medios violentos para apartarlas de prácticas y rutinas que ellas consideran piadosas? ¿Habremos de sembrar la discordia allí donde el afecto es base de toda convivencia y condición precisa de toda consideración y mutuo respeto? Tanto valdría declarar la familia disuelta y roto en ella todo lazo de relación.»

No, mi querido amigo; hay que hacer una cosa muy diferente. Pero temo que ella sea sobrado difícil para quienes se apartan de las ideas tradicionales más por instinto de rebeldía que por amor á la idealidad.

Tratamos á nuestras mujeres muy mal, y su director espiritual las trata muy bien. Solemos ser

nosotros con ellas groseros; él, atento, cortés y considerado. Les hablamos nosotros en nombre del egoísmo y del interés; él, en nombre de ideas elevadas y puras. Les negamos nosotros beligerancia para discurrir en asuntos de pensamiento; él se la concede, y escucha con paciencia su opinión acerca de la tierra y del cielo. Nos supera, generalmente, en saber, en lenguaje, en maneras, en mesura y templanza. Y la mujer, «que es siempre romántica», y hace bien, le hace á él más caso que á nosotros. Esto es bien triste; pero es verdad.

Para combatir á nuestro solapado enemigo, necesitamos excederle en amor y en respeto. Hemos de ser para nuestras mujeres amantes como niños y buenos como santos. Tenemos que comenzar por demostrarles que, lejos de sus fanatismos, se puede ser austero; que nuestra concepción de Dios y del Bien es más alta y sublime que la que esconde la miseria moral en pompas absurdas y vanas; que no renegamos de sus prejuicios por maldad, violencia ó grosería, sino porque, enamorados de todo lo bueno y todo lo grande, queremos libertar á la Humanidad de absurdos, de crímenes, de maldades y explotaciones.

Y si de esto la convencemos, ¿quién podrá ya contra nosotros? Mejor dicho, ¿quién podrá ser más fuerte que ellas mismas, en la lucha contra la hipocresía y la ignorancia?

Es preciso que en nuestras palabras no haya jamás superstición, ni servilismo, ni miedo, ni prejuicio, ni idolatría; pero es menester que tampoco haya violencia, ni burla, ni repulsiva obscenidad, ni grosería, ni irreverencia, ni injuria. En nuestra casa no debe entrar un solo libro ni papel fanático y embrutecedor; pero tampoco debe entrar uno solo obsceno, pornográfico, calumniador, descarado y

soez. Nuestras ideas tienen que ser franca y abiertamente radicales; pero nuestra conducta necesita ser tan irreprochable, tan limpia, tan austera, que no la empañe la menor sombra, para que nos convirtamos ante los ojos de nuestras mujeres y nuestros hijos en los sacerdotes de un culto que sólo reverencia una Trinidad: la Verdad, la Justicia y la Razón.

¿Nos sentimos incapaces de ser tan buenos? Entonces, ¿por qué nos hemos de quejar de que nuestras compañeras nos venzan? Estamos aún más atrasados que los fanáticos. Llevarnos al rosario y á la novena, sería todavía para nosotros un adelanto y una enseñanza.

No se echa abajo una doctrina de siglos para sustituirla con la grosería y con la barbarie. Es menester que lo que al orden sustituya, sea un orden mejor y más excelso. ¿A santo de qué ha de dejar una mujer de oir los consejos de un sacerdote para escuchar los de un borracho ó de un pervertido? El fanatismo es la ignorancia, el atraso, la causa de todos los males que padecemos; el error que ensangrienta la tierra aumenta el dolor de los débiles y ofende á la Divinidad. La Libertad es el adelanto, la luz, el amor, la emancipación, la justicia, la misericordia. Pero el fanático se presenta amable, piadoso, cortés, hipócritamente vestido con pieles de armiño, mientras que el radical se muestra no pocas veces brutal, violento, haciendo gala de aparente relajación. Y así la pobre mujer se engaña.

No; no es en las barricadas donde hay que luchar. Es dentro de nuestra propia piel. Si no nos educamos, ¿cómo hemos de educar á los que nos rodean? Si nuestras mujeres encuentran lejos de nosotros cariño, respeto, idealidad, virtud, es por-

que nosotros no las hemos mostrado que todo ello es falso y engañoso, y no las hemos hecho apreciar la diferencia que hay entre el metal amarillento y el oro de ley. Y gracias si no las hemos convencido de que nuestro radicalismo es fingido y de que, en el fondo de nuestra conciencia, aun estamos sin redimir, y de que llevamos dentro un Tartufo, un fanático vergonzante, que solo se diferencia de los demás en una sola cosa: en que no cumple los Mandamientos.

Liberales... ¿Pero es que lo somos de veras? ¿No llevamos todavía dentro de nosotros la baja cobardía que imprimió en sus siervos la Inquisición? ¿No transigimos con fórmulas y ritos de los cuales abominamos en público y practicamos en secreto? Si nos falta la confianza en nuestras ideas, si llevamos dentro el terrorismo de Satanás, ¿de qué vamos á emancipar á nuestras mujeres? Y si, en cambio, nuestra conducta es desordenada, si no nos mostramos respetuosos y amantes con los nuestros, si nos aventajan los enemigos en cariño y en persuasión dulce, ¿cómo habremos de arrancarles su presa? ¿Acaso se cogen las moscas con hiel?

Ha comenzado en el hogar la anunciada batalla decisiva. Y esa batalla la han ganado los que forman en la vanguardia. Son aquellos que han sabido rasgar, ante los ojos de la compañera de toda su vida, el velo que cubría á un nuevo y deslumbrador Universo. Y ellos han sido recompensados, oyéndola decir con lágrimas de ternura en los ojos y el entusiasmo en el corazón:

—¡Sí; ese Universo es mucho más grande, más sublime, más digno del Ser que le ha creado, porque ese Universo es el tuyo!

LII

La playa aparece desierta; en la terraza, sólo tres ó cuatro veraneantes rezagados miran el horizonte obscuro, de donde vienen, atropellándose, las olas á reventarse en espumas alborotadas sobre las apelmazadas arenas. Ráfagas de aire salobre y frigidísimo anuncian la proximidad de un crepúsculo tormentoso otoñal.

Laura ha puesto el codo en la barandilla, ha apoyado en las mejillas, pálidas por el soplo del cierzo, las dobladas falanges, y ha mirado durante largo rato el sublime cuadro de una sola línea, sobre el cual se alzaba, como un sublime trémolo, el himno fragoroso de una sola nota.

Y después de un largo ensimismamiento, ha vuelto hacia mí su rostro ovalado, circundado de hebras áureas finísimas y coronado de plumas y fieltros, y me ha dicho con ingenuidad infantil:

—Schüler, yo quiero saber lo que es la filosofía.

Pasada la primera estupefacción, he mirado también á la línea remota y he creído ver elevarse sobre el abismo toda una legión de fantasmas austeros, ceñidos unos en túnicas de lino, ornados de laurel y calzados con albas sandalias; envueltos otros en sus flotantes peplos; semidesnudos los estoicos, sobre rotas piedras ó desvencijados toneles; coronados de mirtos los epicúreos, reclinados sobre triclinios, sosteniendo en las manos copas rebosantes de néctares. Unos me han mirado ceñudos; otros han sonreído, dejando caer con irónica mueca su labio sensual.